

Epicentro de la guerra que transformó Europa

En el IV Centenario del comienzo de la Guerra de los Treinta Años, Peter Wilson, catedrático de Oxford, nos ofrece una visión exhaustiva y renovada de este trascendental conflicto, y visita Madrid el 24 de mayo para presentar su galardonada obra al público español.



21-5-2018 - La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (II) 1630-1648*, volumen II de la galardonada obra de [Peter Wilson](#), trabajo de referencia sobre este conflicto.

La Guerra de los Treinta Años desgarró el corazón de Europa entre 1618 y 1648: una cuarta parte de la población alemana murió entre violencias, hambrunas y pestes, regiones enteras de Europa central fueron devastadas en un incesante recorrer de ejércitos, y muchas tardaron décadas en recuperarse. Todas las grandes potencias europeas del momento se vieron arrastradas a un conflicto que desbordó las líneas marcadas por la fe, con la pugna entre los Habsburgo y los Borbones dirimiendo el comienzo del ocaso de una gran potencia, la España imperial, contestada por la pujante Francia. *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* permite aprehender los motivos que empujaron a los diferentes gobernantes a apostar el futuro de sus países con tan catastróficos resultados. Wallenstein, Fernando II, Gustavo Adolfo, Richelieu u Olivares, personajes fascinantes, están aquí presentes, como también lo está la terrible experiencia de los soldados y civiles anónimos, que trataron desesperadamente de mantener vida y dignidad en circunstancias imposibles. Dada su enjundia y su amplitud, la obra se divide en dos partes, la primera dedicada a las conocidas como fases bohemia y danesa del conflicto, hasta 1630, y este segundo volumen, que abarca las fases sueca y francesa del conflicto. Wilson expone la intervención de Gustavo Adolfo con rigor y análisis crítico, sin concesiones a la propaganda del León del Norte. Del éxito de Breitenfeld nos conduce a su duelo contra Wallenstein y a su muerte en Lützen. Sigue un capítulo que abarca la caída del generalísimo de Fernando II y la decisiva intervención española que condujo a Nördlingen. Este segundo tomo incluye, asimismo, un relato pormenorizado de las campañas y batallas de la fase final del conflicto: las luchas de Bernardo de Sajonia-Weimar en el Rin, los triunfos suecos en la segunda batalla de Breitenfeld y en Jankau, las campañas de Enghien y Turenne contra Baviera y la lucha en los Países Bajos Españoles, con Rocroi como punto álgido. No falta una descripción analítica de las negociaciones y las consecuencias de la Paz de Westfalia, uno de los hitos de la historia de las relaciones internacionales. Wilson tampoco descuida la necesaria vertiente humana: en los capítulos finales aborda la escalofriante devastación y el sufrimiento que se abatieron sobre aquellos a quienes atrapó el conflicto. El libro estará **disponible el viernes 25 de mayo**. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones enero-junio 2018.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE EL AUTOR



Peter H. Wilson es un historiador británico nacido en 1963. Su interés investigador se centra en la Historia Moderna de Alemania, especialmente la política, el ejército, la sociedad y la cultura del Sacro Imperio Romano Germánico entre 1495 y 1806. También ha dedicado parte de su carrera investigadora al amplio desarrollo de la guerra a nivel europeo y mundial desde el siglo XVII hasta 1900. Entre su formación destaca su especialización en la historia alemana y militar, que le ha permitido ocupar el puesto de profesor en numerosas universidades británicas y desarrollar labores docentes y de investigación en diversos centros universitarios de Estados Unidos y Alemania, entre los que podemos destacar sus periodos en las universidades de Sunderland, Newcastle o Münster, donde se dedicó a la enseñanza de los primeros siglos de la Edad Moderna.

En 2011 Peter H. Wilson participó en el congreso *War and Statecraft* que celebra el prestigioso National War College de Washington D.C. Más tarde, en 2015, sucedió al historiador Hew Strachan en el puesto de Chichele Professor de Historia de la Guerra en el All Souls College de la Universidad de Oxford, donde imparte desde entonces las asignaturas de “La Guerra de los Treinta Años” y “El ejército y la sociedad en Gran Bretaña y Francia entre 1650 y 1815”. También ha pertenecido, entre otros, a los consejos editoriales de las siguientes revistas: *International History Review* (2006-2010), *War & Society* y *British Journal for Military History* y es colaborador de *Desperta Ferro Historia Moderna*. Wilson también es miembro de la Royal Historical Society (FRHistS).

Peter H. Wilson es un autor de reconocimiento internacional cuyas obras han obtenido varios galardones importantes, siendo su obra más premiada *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* al recibir reconocimientos como: el Society for Military History Distinguished Book Award 2011, Best History Book of the Year por el periódico *The Independent*; y Book of the Year por el periódico *The Atlantic*.

Libro ganador del

Society for Military History Distinguished Book Award 2011

Best History Book of the Year por el periódico *The Independent*

Book of the Year por el periódico *The Atlantic*

DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«[...] el estudio contemporáneo de mayor importancia, complejidad, ambición y, en consecuencia, definitivo sobre la Guerra de los Treinta Años [...] Cierra el libro una excelente bibliografía, la cual no fue publicada en la versión inglesa –otra mejora de Desperta Ferro Ediciones respecto al producto inicial, singularidad que se ha convertido en una marca de la casa– y un cuidado y útil índice analítico».

Eduardo de Mesa, *Zenda Libros*

«Peter Wilson es un hombre valiente por emprender un nuevo relato general de una de las guerras más duraderas, multidimensionales y controvertidas de todos los tiempos. Es un placer afirmar que, al menos en la opinión de este crítico, *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* logra su objetivo de modo brillante. [...] Su erudición me parece excepcional; su prosa, ligera y amena; sus valoraciones, justas».

Paul Kennedy, *The Sunday Times*

«Una historia de prodigiosa erudición que consigue explicar la complejidad bizantina de la Guerra de los Treinta Años en un relato coherente, ofreciendo además una vigorosa y nueva interpretación [...] Era necesario un análisis definitivo de la Guerra de los Treinta Años, y ahora Peter Wilson lo ha proporcionado».

Jeffrey Collins, *The Wall Street Journal*

«Peor que la Peste Negra, peor que la Primera Guerra Mundial, peor que la Segunda, peor que el Holocausto... así es como la Guerra de los Treinta Años pervive en la conciencia colectiva alemana [...] Este es uno de los muchos e impresionantes datos que proporciona esta historia colosal de uno de los conflictos más largos y duraderos de la historia de Europa».

Tim Blanning, *The Telegraph*

«Hacía mucho que se esperaba una narración tan ambiciosa, bien lograda y actualizada con la investigación moderna, y *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* lo consigue de manera admirable».

Blair Worden, *Literary Review*

«En su estudio monumental sobre las causas y consecuencias de la Guerra de los Treinta Años, Wilson cuestiona las interpretaciones tradicionales del conflicto como fundamentalmente religioso. En vez de eso, explora las dinámicas políticas, sociales, económicas, además de las religiosas, que laten detrás de la guerra [...] Wilson proporciona después una narración meticulosa de la misma, introduciendo también a sus grandes personajes [...] Los conocimientos de Wilson y su atención tanto al detalle como al cuadro global convierten a este libro en la historia definitiva de la Guerra de los Treinta Años».

Publishers Weekly

«Solo de manera retrospectiva este conflicto adquirió sustancia como la Guerra de los Treinta Años, y Wilson transita incisivamente a través de sus distintas fases para contar los objetivos y opciones de cada bando [...] Firmemente argumentado, con prosa cristalina, el relato de Wilson es una excelente descripción de este periodo axial de la historia europea».

Gilbert Taylor, *Booklist*

ÍNDICE

PARTE 3. UNA GUERRA GENERAL

- 1 El León del Norte, 1630-1632
- 2 Sin Gustavo Adolfo, 1633-1634
- 3 Por la libertad de Alemania, 1635-1636
- 4 El punto culminante de los Habsburgo, 1637-1640
- 5 En la cuerda floja, 1641-1643
- 6 Presión para negociar, 1644-1645
- 7 Guerra o paz, 1646-1648

PARTE 4. CONSECUENCIAS

- 8 El acuerdo de Westfalia
- 9 El coste humano y material
- 10 La experiencia de la guerra

Bibliografía
Índice analítico

CAPÍTULO 1

El León del Norte, 1630-1632

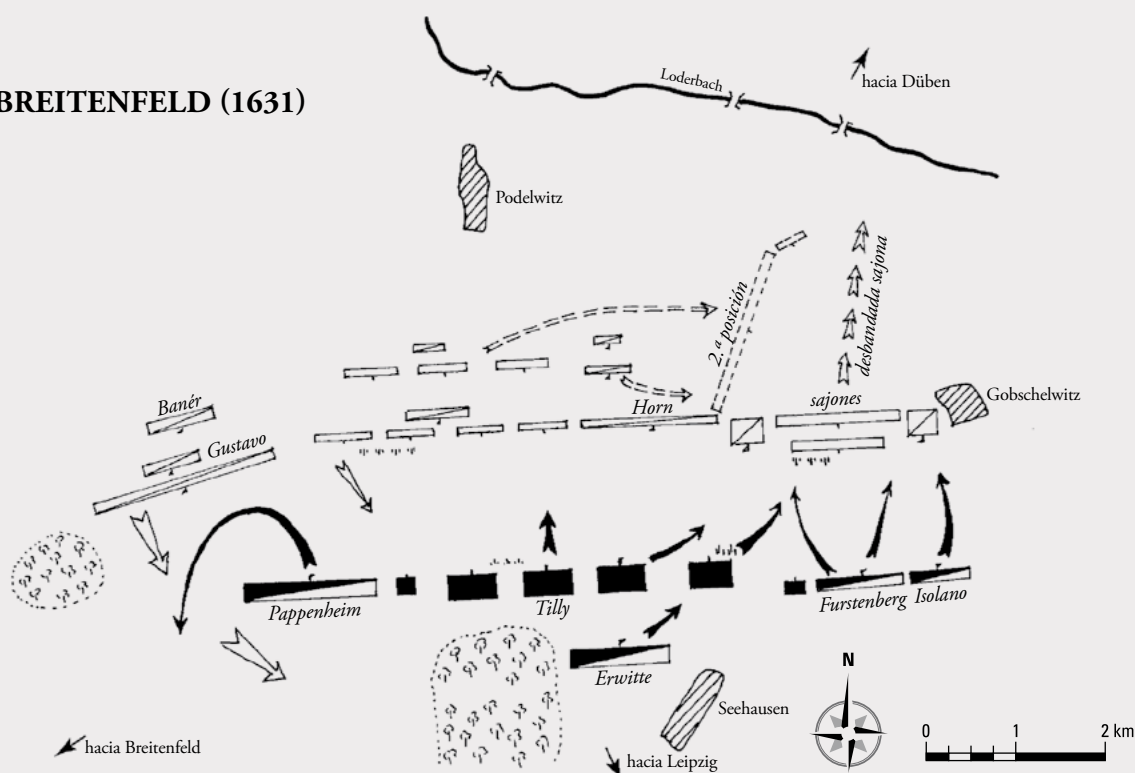
ESTRATEGIA Y OBJETIVOS

La retrospectiva distorsiona también la evaluación de la estrategia sueca y de sus objetivos. El principal biógrafo de Gustavo Adolfo presenta la expansión sueca por Alemania como una maniobra que siguió fases planeadas con mucho cuidado y que pretendían culminar en una invasión de las tierras hereditarias de los Habsburgo. Pero la realidad es que el rey desembarcó con un mapa que se prolongaba solo hasta la frontera sajona, y cuando llegó allí tuvo que ordenar a sus cartógrafos que confeccionasen uno nuevo que cubriese el territorio que se extendía más al sur.⁵

Los propósitos también fueron improvisados. Sin duda, hacía tiempo que Gustavo Adolfo se había resuelto a ir a la guerra, de modo que ignoró de forma deliberada cualquier posibilidad de evitarla. Se consideró llevar a cabo la intervención en Alemania en 1627, cuando Oxenstierna logró persuadir al rey para que cerrase primero la cuestión polaca mediante la apertura en febrero de unas negociaciones que concluyeron con la Tregua de Altmark. Se enviaron dignatarios a la conferencia de Lü-

beck, pero no se les permitió participar debido a que Suecia no era parte en la guerra que libraba Dinamarca con el emperador. No obstante, Dinamarca buscó la mejora de las relaciones sueco-imperiales y el emperador envió representantes a Danzig en abril de 1630. Suecia se mostró dispuesta a hablar con la intención de forzar a Francia a mejorar los términos de la alianza ofrecida, así como para demostrar su supuesta voluntad de alcanzar la paz. De hecho, Oxenstierna había hablado ya abiertamente de «la campaña venidera» al embajador inglés, sir Thomas Roe, en enero de 1630.⁶ El Consejo de Estado acordó, vacilante, una guerra ofensiva en abril, y aceptó la exigencia de Gustavo Adolfo según la cual era necesario vengar la humillación sufrida por sus dignatarios en Lübeck. El rey dio largas también a los daneses y al emperador con diversas excusas para retrasar las conversaciones de Danzig antes de presentar unas demandas del todo inaceptables, en junio, que asegurasen una negativa justo antes de que sus tropas desembarcasen.

BREITENFELD (1631)



CAPÍTULO 2

Sin Gustavo Adolfo, 1633-1634

EL COMLOT CONTRA WALLENSTEIN

Con Wallenstein considerado ahora un notorio rebelde no había necesidad de celebrar un juicio formal. El 24 de enero Fernando firmó una patente por la que eximía a todos los oficiales del deber de obediencia a Wallenstein, y les ordenaba que se pusiesen a las órdenes de Gallas hasta que fuese nombrado un nuevo comandante. Una segunda patente más dura, firmada el 18 de febrero, acusaba directamente a Wallenstein de conspiración y era en esencia una sentencia de muerte. No fue publicada de inmediato, ya que todos estaban convencidos de la necesidad de mantener el secreto para evitar que el ejército se dividiese. Todavía no estaba claro cuántos oficiales seguirían a Wallenstein. En ese momento, había 54 000 imperiales en Bohemia, Silesia y las regiones orientales de Brandeburgo y Pomerania. Menos de un tercio se hallaban dispersos en los alrededores de Pilsen, mientras que había otros veinte mil hombres a las órdenes de Aldringen en Austria, de Wolfgang Rudolf von Ossa en el Tirol y de Gronsfeld en Westfalia. Piccolomini firmó el Juramento de Pilsen para no levantar sospechas. Regresó con Gallas a Pilsen, siguiendo las órdenes de Wallenstein de acudir a consultas, pero consiguieron marcharse el 15 de febrero. Se distribuyeron copias de la primera patente del emperador entre los oficiales leales para que estos las publicasen en sus unidades. Las dietas de Alta y Baja Austria se reunieron en una

sesión de emergencia y acordaron votar fondos adicionales para mantener contentos a los soldados.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez después de que Scherffenberg, el aliado de Wallenstein, fuese arrestado en Viena el 17 de febrero. Al día siguiente, Fernando ordenó que se reforzara la guarnición de Praga y que Aldringen reuniese tropas leales para capturar a Wallenstein. Otras unidades se concentraron en Budweis y el Alto Palatinado para detenerlo si decidía escapar. Wallenstein no sospechó nada hasta que el coronel Diodati dejó Pilsen con su regimiento en la madrugada del 17 al 18 de febrero. Despachó una serie de mensajeros a Viena con cartas que desmentían los rumores que había contra él, mientras el resto de oficiales eran convocados para firmar una segunda declaración el 20 de febrero. Solo treinta lo hicieron esta vez, los cuales fueron enviados a reunir a sus unidades y a concentrarlas en Praga. Cuando comenzaron a desertar los soldados de los regimientos que todavía se hallaban en Pilsen, Wallenstein fue consciente de que ya no podía confiar en el Ejército. Tras pasar la noche empaquetando sus pertenencias, se marchó el 22 de febrero y se dirigió al oeste en dirección a Eger, desde donde podía unirse a los sajones o a los suecos. Francisco Alberto de Lauenburgo todavía ejercía de intermediario en las conversaciones secretas con Sajonia y se lo envió para que le dijera a Bernardo que se reuniese con Wallenstein en el Alto Palatinado.

CAPÍTULO 4

El punto culminante de los Habsburgo, 1637-1640

FINANZAS MILITARES IMPERIALES

Las dificultades financieras contribuyeron al fracaso. En esencia, la Paz de Praga adoptó el sistema de financiación militar concebido en Ratisbona en 1630 para mantener a un solo ejército mediante los pagos regulares de los estados imperiales. Fijado en ochenta meses romanos anuales, estos pagos alcanzarían la suma de ocho millones de florines en el mejor de los casos, pero incluso estas estimaciones de ingresos se veían considerablemente mermadas, ya que los suecos todavía conservaban Pomerania, Mecklemburgo y otras áreas. El fracaso a la hora de incorporar a Hesse-Kassel o a los güelfos erosionó aún más la recaudación. Gallas se quejó de que las ciudades de Hamburgo, Bremen y Lübeck prestaban millones al enemigo pero se negaban a dar alojamiento a sus exhaustas tropas.²² Aquellos que pagaron eran en su mayoría antiguos miembros de la Liga que se consideraban ahora aliados del emperador y que esperaban ser tratados en consecuencia, al quedar eximidos de alojamientos y de cuarteles de invierno en sus territorios.

El congreso electoral aprobó la concesión de otros ciento veinte meses romanos en octubre de 1636, pero el emperador había comenzado ya a asignar regiones para que prestasen apoyo a los distintos cuerpos de sus principales aliados. Los pagos de Alta Sajonia fueron a parar directamente a las tropas de Juan Jorge, mientras que las unidades de Colonia se mantuvieron a expensas de Westfalia. Los pagos de los Círculos de Baviera, Franconia y Suabia fueron destinados en enero de 1636 al ejército de Maximiliano. La práctica erosionó la ya frágil distinción entre impuestos de guerra oficiales y el amplio abanico de pagos restantes exigidos por los distintos comandantes. Los de Franconia declararon en febrero de 1638 que estos costes adicionales equivalían a entre dos y cinco veces lo que debían en meses romanos, y trataron de compensarlo reteniendo los impuestos oficiales. También solicitaron medidas para mejorar la disciplina del ejército, reducir los pagos y permitir a los funcionarios de los círculos supervisar el tránsito por su región.²³

Fernando III respondió a estas quejas aproximándose a los estados imperiales a través de las asambleas de los Círculos, en vez de limitarse solo a los electores, una vez que expiró en octubre de 1638 la concesión de 1636. Alta Sajonia y Brandeburgo apoyaron el llamamiento a la asamblea altasajona, pues sabían muy bien que los ciento veinte meses romanos que acordó irían a parar a sus propios soldados. Westfalia hizo otro tanto, pero los de Franconia se negaron con el pretexto de que su región ya estaba soportando a una gran parte del ejército imperial, además de las guarniciones locales. En consecuencia, el emperador asignó Suabia y Baviera a Maximiliano y se reservó Franconia y el Alto Rin para sus propias fuerzas el 20 de noviembre.²⁴

Estas dificultades contribuyeron a un lento pero paulatino declive en el tamaño del ejército imperial desde sus máximos de la era Wallenstein. Los acuerdos de Praga contemplaban ochenta mil hombres, pero el ejército ascendía todavía a más de cien mil, incluidos los bávaros y los sajones. El impacto de la peste, la falta de fondos y los crecientes problemas logísticos hicieron imposible mantener ese número de efectivos a partir de 1635. A comienzos de 1638, el Consejo de Guerra de los Habsburgo estimó que había 73 000 hombres, incluidos sajones, bávaros y algunos auxiliares pagados por España, pero se planeaba añadir otros 10 000 reclutas. La decisión de trasladar a Gallas a Sajonia en 1637 con el ejército principal supuso una seria merma para las fuerzas que permanecían en el Alto Rin a las órdenes de Savelli. Los catorce regimientos de caballería imperial allí desplegados tenían entre ochenta y doscientos hombres cada uno, mientras que los diez regimientos de infantería contaban con una media de solo doscientos hombres cada uno, salvo la unidad del coronel Reinach, acantonada en Breisach, que estaba integrada por ochocientos efectivos. El número mejoró un poco en febrero, pero los regimientos continuaron muy mermados de efectivos y en condiciones paupérrimas. Muchos de los oficiales estaban enfermos y los soldados impagados sobrevivían mediante el pillaje.

CAPÍTULO 5

En la cuerda floja, 1641-1643

LA BATALLA DE ROCROI, 1643

La infantería española quedó entonces expuesta. Enghien atacó el segundo escalón con la otra mitad de su caballería y acometió a los regimientos valones, que eran los primeros por la izquierda. Atacó en sucesión a cada uno ellos, empleando su número de efectivos y una combinación de cargas y de fuego de apoyo de su infantería para romper sus formaciones. Uno tras otro, los regimientos valones abandonaron el campo, seguidos por los alemanes, que se hallaban más al oeste. Los franceses se revolvieron entonces contra la más poderosa primera línea y atacaron a los italianos por su izquierda. Estos repelieron el primer asalto, pero a continuación comenzaron a abandonar el campo en buen orden, es muy probable que por iniciativa propia. Los franceses estuvieron encantados de dejarlos marchar, ya que eso dejaba aislados a los cinco tercios españoles. Tres se rompieron después de una intensa lucha, pero los otros dos repelieron tres ataques más con una salva general a cincuenta pasos. Eran ya las diez de la mañana y estaban escasos de munición. Los franceses estaban también agotados y temían la llegada de Beck. Enghien ofreció buenos términos de rendición. Un regimiento de unos 2000 hombres depuso las armas a cambio de que se les permitiese regresar a España a través de Francia. Los otros soldados continuaron desafiantes, pero toda resistencia ulterior era desesperada y no tardaron en rendirse en calidad de prisioneros de guerra. De Melo había escapado, tras arrojar su bastón de mando, para unirse a Beck al otro lado del bosque. Enghien tomó Thionville el 10 de agosto, tras un largo asedio y, a continuación, Sierck, el 2 de septiembre, lo que neutralizaba la principal base del duque de Lorena. Las ganancias eran bienvenidas, aunque apenas indicativas del colapso español.

Rocroi debe su lugar en la historia militar a la propaganda francesa, que la proclamó una gran victoria, además de a la autopromoción de Condé, pues asentó la reputación del duque de Enghien. Esto, a su vez, aseguró que influyese a generales de los siglos XVIII y XIX y se la incluyó en los planes de estudio de las escuelas de estado mayor. Estos últimos suelen citar la batalla como una demostración de la superioridad de las tácticas lineales francesas, con la combinación de la potencia de fuego de la infantería con cargas de caballería.⁷⁵ La victoria se debió en realidad a una superior capacidad de mando y control de los regimientos. La potencia de fuego española repelió con éxito a los franceses, pero sus principales comandantes murieron o fueron heridos al principio de la batalla, a lo que habría que añadir que De Melo no logró capitalizar el éxito inicial de los primeros compases con un avance de la infantería. Las pérdidas españolas fueron serias, en especial porque incluían a muchos veteranos y porque llegaron en la humillante forma de rendición.⁷⁶ Los franceses hicieron 3862 prisioneros sin contar a aquellos a los que permitieron volver a España. La mayoría de los prisioneros se intercambiaron en julio de 1643 por los hombres capturados en Honnecourt. El resto de bajas españolas ascendía a 3500 hombres, en comparación con 4500 franceses muertos o heridos. En lo que restaba de campaña, los franceses perdieron otros 7000 hombres, debido sobre todo a enfermedades. El Ejército de Flandes continuó siendo poderoso, con unos 77 517 efectivos en diciembre, comparados con las cifras neerlandesas, que se habían hundido hasta los 60 000 hombres. La verdadera importancia de Rocroi radicó en que Francia evitó una derrota que podría haber desestabilizado la regencia de Ana y obligado al país a firmar la paz.

CAPÍTULO 8

El acuerdo de Westfalia

WESTFALIA Y LA HISTORIA UNIVERSAL

La importancia de Westfalia no radica en el número de conflictos que trató de resolver, sino en los métodos e ideales que aplicó. El primer artículo tanto del IPO como del IPM afirma que eran instrumentos para una «paz cristiana general y permanente» que pretendían establecer una amistad duradera en todo el continente. Esto iba más allá de una mera declaración de buenas intenciones. El congreso alumbró un nuevo marco para las relaciones europeas. Las secciones sobre la constitución imperial se referían a los acuerdos anteriores del Imperio de 1552 y 1555 pero, salvo esta parte, los documentos no mencionan otros tratados europeos y, en cambio, ofrecen un nuevo marco para la paz. Los tratados que ponían fin a otras guerras se consideraron extensiones de Westfalia, que pacificaron otras partes del continente. Los tratados de Westfalia continuaron siendo invocados en los grandes acuerdos europeos hasta el Congreso de Viena de 1814-1815 que puso fin a las Guerras Napoleónicas. Estos últimos acuerdos descansaban en el mismo principio según el cual la ley internacional se consideraba un contrato voluntario superior a todas las leyes seculares o religiosas existentes.⁷

Como en muchas innovaciones importantes, las intenciones que había detrás de este desarrollo eran más modestas que sus efectos, ya que los artículos relevantes sobre la ley internacional se plasmaron allí con la única intención de dejar sin efecto la protesta papal. El pontífice no fue el único que objetó. España y Lorena protestaron

por su exclusión del IPM, Sajonia rebatió la inclusión de los calvinistas en el IPO, el obispo de Wartenberg condenó las concesiones religiosas, en general, mientras Maguncia, Magdeburgo y otras regiones adujeron puntos específicos.⁸ Dieciocho territorios no firmaron por no estar representados en el congreso. Sin embargo, todos, incluida Wartenberg, aceptaron la validez general de los tratados. Solo el papa rechazó la totalidad del acuerdo en su bula *Zelo Domus Dei*, que promulgó en agosto de 1650 con efectos retroactivos a noviembre de 1648, en la que reafirmaba las anteriores protestas verbales de su enviado Chigi.⁹

La corriente de interpretación positiva de Westfalia la considera el nacimiento del orden internacional moderno, basado en estados soberanos que interactúan (formalmente) como iguales en el seno de un marco legal secular común, con independencia de su tamaño, poder o configuración interna. El «estado westfaliano» clásico descansa en su soberanía indivisible que excluye a los organismos externos y que no comparte el ejercicio interno de la acción de gobierno con otros cuerpos domésticos. Además, posee fronteras bien delimitadas y una identidad y cultura comunes entre sus habitantes. Este último elemento adquirió mucha importancia en el siglo XIX, cuando se propagó el ideal de cada nación con su propio estado; un factor que contribuyó a expulsar a las minorías o a extender fronteras que incluyesen a aquellos que compartían lengua y cultura y que estaban sometidos a un «gobierno extranjero».

CAPÍTULO 9

El coste humano y material

EL MITO DE LA DESTRUCCIÓN TOTAL

La sensación destructora de la Guerra de los Treinta Años permanece profundamente incrustada en el imaginario popular. Hasta qué punto refleja cómo lo percibieron los coetáneos constituirá la materia del último capítulo. Lo que sigue, a continuación, se centrará en un intento de cuantificar la pérdida de vidas, la perturbación económica, el trastorno político y el impacto en la cultura alemana. La percepción y la realidad permanecen, sin embargo, entrelazadas, aun en el caso de que deban separarse por conveniencia analítica. Los textos y las imágenes contemporáneos transmiten una sensación de violencia omnipresente y de aniquilación continua. La guerra en el Imperio se había convertido, ya antes de 1648, en un punto de referencia para la atrocidad en otros lugares de Europa. Los lectores británicos fueron informados por publicaciones como la obra ilustrada del doctor Philipp Vincent, *The Lamentations of Germany* (publicada en 1638), que mostraba asesinatos, mutilaciones y violencia gráficamente detalladas. Todas las partes implicadas en la posterior Guerra Civil inglesa trataron de evitar que su conflicto degenerase en la depravación que ellos creían que había afligido a Alemania.¹

El énfasis en la violencia remitió en las relaciones publicadas durante la segunda mitad del siglo XVII y primera mitad del siglo XVIII, que se centraron en las personalidades y en los asuntos constitucionales y confesionales.² Esto cambió con la publicación de la historia de la guerra de Schiller (1791-1793) y su trilogía del drama de Wallenstein (1797-1799), además del redescubrimiento y popularización de la novela casi coetánea de Grimmshausen *Simplicissimus*. Schiller y los demás autores involucrados en este resurgimiento literario representaban el movimiento romántico alemán, fascinados con la muerte, la destrucción y la pérdida de la identidad. Escribieron en un tiempo de nuevas convulsiones, tras la Revolución francesa y durante las Guerras Napoleónicas. Fueron testigos de la devastación final del Imperio y de la controversia suscitada sobre qué tipo de estado alemán debería reemplazarlo. La era siguiente a 1815 fue, por lo general, represiva, pues restringía el debate público sobre la política y el carácter de la nación. La literatura

y la historia ofrecían espacios alternativos donde expresar la opinión sobre asuntos candentes. Los románticos estaban interesados, sobre todo, en las emociones humanas y en la búsqueda de experiencias que se suponían auténticas a través de los testimonios personales y el folclore. Las expresiones más influyentes de lo anterior fueron los relatos populares compilados por Gustav Freytag en su obra de varios volúmenes *Pictures from the German Past*.³ Al contrario que sus colegas académicos, Freytag prestó poca atención a la alta política a favor de las historias y experiencias de la vida cotidiana.

De este interés romántico, emergieron tres elementos que conformaron los escritos tanto académicos como populares sobre la guerra. El primero es la sensación de violencia sin sentido, ilimitada e indiscriminada que, en apariencia, traspasó todos los límites. Ya hemos encontrado trazas de ello en el análisis del carácter de las últimas etapas de la guerra en los Capítulos 4 y 5 de este volumen. Además de las historias de canibalismo asociadas con el asedio de Breisach, los temas más prominentes eran la violación, la mutilación y la tortura, así como la imagen de una hermosa tierra que había quedado desolada y devastada. El segundo elemento fue la creencia de que estos horrores fueron infligidos, en su mayoría, a alemanes inocentes por un enemigo despiadado. Esto podía adoptar una dimensión confesional, como en las historias protestantes sobre el «saco» católico de Magdeburgo. Con más frecuencia, se identificaron diversos perpetradores «extranjeros»: croatas, cosacos, suecos, finlandeses, escoceses, irlandeses, húngaros, transilvanos y, en menor medida, franceses y españoles. El tercer elemento enmarcaba la guerra en una tipología de redención nacional: una nación alemana (más tarde, también, «raza») nueva y más fuerte surgiría de las cenizas. De este modo, los cuentos de horrores no solo ofrecían emoción, también esperanza de que ese sufrimiento y humillación tuviesen, al final, una recompensa. El poder de este aspecto tiene su arraigo en la tradición cristiana, que ya influía en las percepciones de la guerra en el siglo XVII.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

